

Demandas de identidad

Identidad y multiculturalismo

J. L. Rodríguez García

Profunda y filosófica reflexión sobre la dificultad de comprender y definir los términos *Identidad* y *Multiculturalidad*.



ILUSTRACIÓN: Cuadro de Quinita Fogué

Voy a evitar todo primario circunloquio para abordar el tema con rapidez. Dos términos amparan esta intervención. En primer lugar, el de *identidad*: referirse a este asunto implica marcar límites de fronterización, esto es, señalar los límites de mi individualidad, junto a otros asuntos

que abordaré de inmediato —aunque sea de manera sumamente esquemática—. El segundo término es el de *multiculturalismo*, el cual me provoca mayores inquietudes. Esgrimido como provocación política no me resulta extraño, pero como concepto político me inquieta porque el térmi-

no puede acoger lo decible y lo indecible... Esto es, lo decible es recomendar amar al prójimo y lo indecible es trazar una línea más acá de la cual no debieran tener lugar la caligrafía del exterminio, de la ablación de las niñas, de las torturas de los países civilizados, y un larguísimo etcétera.

Pues bien, comenzaré por el asunto de la Identidad. Resulta que hay dos formas muy distintas de referirse a la Identidad —de modo que hablamos de asuntos distintos empleando el mismo término—.

Por un lado, está la Identidad concebida como lo genérico que subyace a las cosas del mundo. Empleamos este sentido cuando nos referimos, por ejemplo, a la especie humana o cuando hablamos del caballo como un mamífero perisodáctilo de la familia de los équidos. Tal comprensión de la Identidad está anclada en la filosofía de Platón y en los planos correspondientes de la idea-copia-simulacro: la copia-simulacro *parece* descalabrar la potencia de la verdadera Identidad que solo reside en el universo eidético. Aunque el *simulacro* venga a ser lo irreductible, es decir, aquello con lo que nos encontramos y tratamos, lo realmente esencial es que *eso que es irreductible* remite a una referencia de la que emana todo ser individual, encontrándonos entonces con que la Identidad está inscrita en las individualidades. Dicho de otra manera: no hay sino Identidad —y no identidades— y, por lo mismo, el asunto de la Multiculturalidad es algo impropio de un sensato pensamiento racional.

No vamos a referirnos a esta primera idea de la Identidad, sino a una segunda que creo limita el sentido de este ciclo. Pues resulta que de lo que se trata es de comprobar si el conjunto de los individuos reales —lo que Platón denominaba simulacro— puede caracterizarse como idéntico. Esto es, siendo humanos y siendo *en apariencia* diferentes, ¿existe algo que permita hablar de *nuestra identidad*?

Quiero recordar la figura de un filósofo que, desde mi punto de vista, es quien lanza un torpedo contra la línea de flotación de una Identidad de los simulacros. Me refiero a Hume. Tan solo quiero evocar su figura y, precisamente, el punto esencial en el que se refiere a este segun-

do concepto de identidad con el que vamos a operar brevemente. Es sabido que Hume sitúa la imaginación como la facultad que da consistencia —si bien muy débil— a los comportamientos humanos. Esto hace que debamos entender la Identidad como *muestrario de identidades*. En tal sentido, tenía razón Deleuze cuando en uno de sus primeros y más académicos escritos reconocía, refiriéndose a nuestro filósofo, que “el fondo del espíritu es delirio, o, lo que viene a ser lo mismo desde otros puntos de vista, azar, indiferencia” (*Empirismo y subjetividad*, p. 13). Así, venía a homenajear a un poeta antiguo cuya obra había estudiado y admirado y a la que volvió en su vejez, cuando ya la impaciente muerte llamaba a la puerta. Me refiero a Lucrecio y su *De rerum natura* en donde encontramos la siguiente consideración: “de las cosas cuya sustancia es visible a los ojos, ninguna hay que conste de una sola clase de átomos, ninguna que no consista en una mezcla de gérmenes; y cuantas más virtudes y propiedades un cuerpo contenga, tantas más clases de átomos indica poseer, y de formas tanto más diversas” (*De rerum natura*, p. 88).

“ Habría que abordar lo que sería algo así como una fisiología de la identidad o, si se quiere, un relato siempre incompleto de las afecciones del espíritu. ”

La cuestión se nos ha complicado porque con lo que nos enfrentamos ahora no es solo con una noción inmanente de la Identidad, sino más estrictamente, con la necesidad de abordar lo que sería algo así como una *fisiología de la identidad* o, si se quiere, un relato siempre incompleto de las *afecciones del espíritu*. O, si se quiere, a los procesos de constitución del mundo para el gato o el oso hormiguero... Solo que, al menos en

nuestra dimensión, *no hay gato sino confluencia de fuerzas para la conformación de la identidad del gato número 1...* El problema es, entonces, el de entender el ámbito de una tal fisiología de la identidad...

Me limitaré a apuntar tres elementos constituyentes de las identidades. Voy a centrarme en circunstancias de contrastada actualidad, esquivando otras posibles y acaso deseables referencias históricas o sociológicas... La primera referencia apunta al material biológico-genético que constituye nuestra *mi* identidad... Los avances relativos a las reglas que constituyen una secuencia de aminoácidos en una proteína en todos los seres vivos y que confluyen en la formación del ADN indican la especificidad de las identidades con potenciales efectos en la orientación de comportamientos y actitudes... *Mi identidad* comenzaría a conformarse entonces a partir de una imprevisión espectacular... Posiblemente se trate del efecto ontológico más fuerte y a un tiempo más inquietante, aunque la aventura de la ciencia todavía nos tiene mucho que decir al respecto por cuanto la problemática del determinismo-libertad sobrevuela sobre las consideraciones de la imposición genética y/o de la libertad que nos podría permitir el despliegue del *clinamen* lucreciano. Pero tal singularidad no es constituyente de nada, ontológica o socialmente referido: se trata tan solo de un indicio del insustituible alejamiento de los individuos. La cuestión se complica a partir de esta observación. Un segundo elemento constituyente de *mi* identidad es de naturaleza funcional-histórica... Se aventura que el nivel anímico-cognitivo que hemos alcanzado es debido a un factor que podemos calificar extraordinario. La distancia entre el *homo sapiens* y otras familias de antropoides —como el chimpancé— parece ser debida a una espontaneidad que requería el cobijo de otros semejantes. No soy capaz de entender qué podía ocurrir, pero las

noticias que conozco —y apunto modestamente a *De animales a dioses*, del historiador y antropólogo Yuval Noah Harari— sugieren la necesidad primaria de un agenciamiento de multiplicidades que no encontramos en nuestras familias más cercanas. Ahora bien, esta colaboración primaria se transformó en un rutinario y ejemplar marcaje del territorio. Imagino que muchos factores intervinieron, pero de lo que puede dudarse escasamente es de que la exigencia de colaboración poblacional está en el origen de las marcas identitarias de lo tribal que sufrió múltiples transformaciones a lo largo de siglos y siglos. Pues bien, ha de entenderse que la tribalización desemboca en lo que conoceríamos en nuestra historia como constitución de pueblos y, posteriormente, más dramáticamente, como naciones: rastrear la configuración de la ficción de un pueblo o de una nación es una de las tareas más apasionantes que nos conciernen porque nos enfrentamos a la constitución de imaginarios que dibujan banderas, limitan antecedentes y sueñan futuros de esplendor para su colectividad que podrían abrumar al antiquísimo *homo sapiens* que, a lo que parece, tan solo buscaba la supervivencia de su colectivo. La identidad, así, se constituye a partir de un *genoma que se nacionaliza*. El pensamiento de lo nacional es, de esta manera, una ficción espectacular que se conforma a partir de exageraciones impuestas por la creencia en la superioridad de un genoma que se ha socializado en virtud del despliegue de estrategias que acentúan la necesidad de tallar en piedra la confraternización de distintos individuos y, más exactamente, de la totalidad de los individuos vivientes en la misma geografía de imprecisos límites.

Se observará que la referencia a estos dos aspectos nos hace movernos en el ámbito de identidades colectivas: habría simulacros-individualidades, pero siempre determinadas por

lazos comunes imbricándose lo ontológico (que hemos ilustrado con la breve referencia al papel del ADN y lo ficcional histórico-social). No parece haber identidad(es). Sin embargo, el asunto se nos complica o enriquece si traemos a colación un tercer aspecto. ¿De qué se trata? Ni más ni menos que de la potencia de la conciencia para suministrar argumentos para contrariar la fortaleza de lo hereditario y, por supuesto, de lo ficcional-social. Desde luego, el peso de lo biológico estará siempre *ahí*, como capacidad determinante frente a la que la praxis-libertad se muestra como posibilidad correctora.

Creo que con estas indicaciones estamos en condiciones de abrir un debate que puede ser fructífero. Y ya llegamos a la consideración del segundo término que conforma el título de la convocatoria. Qué es esto del multiculturalismo... Qué dimensión y carácter tiene el multiculturalismo... Qué problemas plantea... De principio ha de entenderse que, vistos los planteamientos previos sobre la identidad, existen distintas culturas organizadas en un proceso dilatado de performatividad, de autoexigencia... En el difuso contorno de lo que sea la Cultura entran las tradiciones, los saberes, las costumbres domésticas, las religiones y un largísimo etcétera... Resulta sumamente complicado establecer una mínima regulación puesto que ni siquiera los elementos citados están en todas las culturas... La religión o el saber filosófico, por ejemplo, no tienen el rango de universalidad cultural.

Si el problema de la identidad resulta complicado, como espero que hayan percibido, lo es más el problema del multiculturalismo. ¿Por qué? Por cuanto la socialización o nacionalización de las identidades puede desembocar en posicionamientos inconciliables. En el terreno de la pluralidad de las identidades diríamos que juega la reconciliación o síntesis hegeliana en determinados momentos y, desde

otra perspectiva —la deleuziana, en la que me muevo más a gusto—, la mera convivencia a la espera de la hora propicia para la constitución de multiplicidades orgánicas, pero, indudablemente, no resulta posible en otros muchos. Y no desde luego porque el individuo-pueblo, como presumía C. Schmitt, necesite de un enemigo para confirmar su identidad, sino porque existen caminos paralelos que plantean la imposibilidad radical de una aproximación. Lessing se mostró verdaderamente confiado al soñar teatralmente en Nathan el sabio el encuentro entre las tres grandes religiones mono-teístas, y algo pudo haber pensado cuando la Iglesia católica prohibió su representación: y me imagino que se hubiera asombrado de asistir a la prohibición nazi... Y me viene a conveniencia la referencia: no resulta difícil imaginar el encuentro cultural entre la Iglesia y el Nazismo, pero nadie en su sano juicio apostaría por el encuentro entre el Judaísmo y el Nazismo... Quiero decir que existen culturas inconciliables, y lo vemos, dramáticamente, en nuestros días cuando se recrudecen los conflictos entre las distintas socializaciones de las identidades. Ucrania, Gaza o la República Islámica de Irak y el Levante son ejemplos trágicos... Esperemos que su ejemplificación no llegue a nuestros lares...

De modo que propondría comenzar a hablar de multiculturalismo razonado o razonable con la finalidad de obviar impropiedades o imprudencias. ¿Definir lo razonable? Creo que merecería la pena echar una mirada a Rorty y entender básicamente por razonable aquel horizonte no excluyente y orientado a la satisfacción de las necesidades colectivas en el sentido en que vino a caracterizar el perfil del *ironista liberal* en Contingencia, ironía, solidaridad.

Sigamos por este camino aunque sea necesario en este momento interrumpirnos porque ya abrimos otro horizonte...